

Mónica sueña con París, una ciudad llena de belleza y cultura.

Allí todo resultaba artístico y armonioso, desde los edificios hasta las personas que los habitaban.

La luz poseía un matiz particular, como si se tratara de la iluminación propia de los cuadros o de las películas.

Sin embargo en Madrid, donde casi siempre brillaba el sol, éste lanzaba sus rayos sobre la ciudad y sus habitantes con tal ferocidad como si quisiera castigarlos.

Se diría que París estaba iluminado con delicadeza a través de una pantalla formada por las nubes, mientras que en Madrid la bombilla quedaba al desnudo resultando cegadora y proporcionando unos contrastes grotescos.

Allí una podía vestirse de colores sin miedo a herir la vista de los demás puesto que a penas se reflejaba el sol sobre las vestimentas.

Sin duda aquel había sido el lugar donde más seres humanos a lo largo de la historia tuvieron la fortuna de cubrirse con el brillo resplandeciente de la seda y amar hasta la saciedad.

Si por ella hubiera sido, la revolución hubiera tomado el camino contrario, y en vez de degradar a los nobles, se hubiera ennoblecido a los plebeyos, tal como proponía el yerno de Marx en su Elogio a la pereza.

Sin embargo, incluso el país que en la batalla de Poitiers había detenido la invasión del más cruento de todos los monoteísmos, creado a imagen y semejanza del católico, se encontraba también ahora en estado de guerra contra él.

Y no es que ella tuviera nada en contra de los musulmanes, sino de la necesidad de los mal llamados cristianos de combatirlos sin piedad.

De hecho Madrid, diez siglos atrás, había sido una población sarracena, como la mayoría de la península ibérica.

Por mucho que los conservadores lo negaran con todo su empeño, el país todavía guardaba su esencia mora, de la que ella no se avergonzaba en absoluto.

La prueba era que incluso el adalid español de la cruzada del siglo XXI poseía un apellido árabe.

Por cierto, los Aznares y sus amigos integristas, a la guerra civil habían tenido el valor y la osadía de denominarla cruzada.

Eso podía dar una idea de la magnitud del problema sobre el que se asentaba la cultura, o incultura española.

Creía que la ingesta desmesurada de alcohol y la prostitución gratuita en masa generada como consecuencia de lo primero, no eran más que viejas tácticas guerreras.

Se trataba de un modo muy astuto de colocar en la mano de cada cual una daga y dejar actuar libremente a la animalidad propia de nuestra especie.

Por eso mismo saldría a la calle esa tarde en defensa de los derechos más básicos de los ciudadanos de su país, ya que ellos no eran culpables del pecado heredado de los reyes católicos por todos los españoles.

Aunque por otra parte se temía lo peor, ya que la tercera guerra mundial, al igual que el arte, había perdido sus contornos y nada podía verse con claridad.

No lo decía sólo ella, sino que Stéphane Hessel, uno de los intelectuales al frente de esta batalla pacífica, así lo manifestaba.

Del mismo modo también tenía claro que el espíritu antidemocrático del franquismo seguía vivo y tenía nombres y apellidos.

Muchos pertenecían al Opus Dei, una secta católica nazi.

Por eso en sueños abandona su ciudad y viaja a París, para encontrarse rodeada de los valores morales a los que conduce un sabio y racional ateísmo, y de los cuales el amor puro es el más elevado de todos.